3451

Dios, patria y rey.

Mateos

2

DIOS, PATRIA Y REY

DIOS, PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

José Nakens

Estrenado con gran éxito en Madrid en 1873,
y representado en Valencia la noche del 7 de Abril de 1900
con éxito mayor aún.

Precio: UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA DE DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 31.

PERSONAJES

D. Joaquín.
D. Cirilo.
Tomás.
Agustina.
Francisca.
Felipe.

La acción en un pueblo de Navarra. 1873.

Es propiedad del autor, y nadie podrá reimprimirla ni representarla sin su permiso.

ACTO UNICO

Sala regularmente amueblada. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

AGUSTINA, entrando con una carta cerrada en la mano.

AGUSTINA. ¿De quién será? Juraría
que yo conozco esta letra. (Abriéndola.)
¡De mi hermano! ¡De Tomás!
(Asomándose á la puerta del foro.)
Aguárdese usted, tía Petra.
(Leyendo.) «Hermana mía: he llegado
y me he escondido en la huerta.
Háblale á padre. Si logras
que su perdón me conceda,
avísame, y al instante
estaré en vuestra presencia.
Si no, desde aquí me vuelvo
por donde he venido. Besa
en mi nombre á la muchacha
más bonita de esta tierra,
que eres tú.» ¡Siempre lo mismo!
(Volviéndose hacia el foro.)
¡Corra, corra usted! ¡Que venga
sin perder tiempo! Y ahora,
¿quién á mi padre le suelta
la noticia? Experimento

672113

tanto placer como pena.
Hace más de medio año
que no lo nombra siquiera.
¡Qué situación tan difícil
la mía! ¡Oh! Aquí se acerca.
¡Animo, valor y miedo!
¡Es preciso que lo vea!

ESCENA II

AGUSTINA y D. JOAQUÍN

AGUSTINA. Habéis madrugado tanto,
que no os he visto. Quisiera
deciros...
D. JOAQUÍN. ¿Qué?
AGUSTINA. No me atrevo.
D. JOAQUÍN. Habla.
AGUSTINA. ¿Me hacéis la promesa
de no incomodaros?
D. JOAQUÍN. ¡Habla!
AGUSTINA. (Pecho al agua.) ¡Es una nueva
tan sorprendente!... Bien dicen
que cuando menos se piensa...
Es el caso... Sentiría
que al saberlo...
D. JOAQUÍN. Me impacientas.
AGUSTINA. Pues bien: ¡Tomás ha venido!
D. JOAQUÍN. ¿Que ha venido?...
AGUSTINA. Y sólo espera
para correr á esta casa,
el que vos le deis licencia.
D. JOAQUÍN. ¿Y tú?...
AGUSTINA. Yo le he contestado,
¡oh, perdonadme!, que venga
al instante. Nada he dicho,
padre mío, si os molesta.
Con avisarle...
D. JOAQUÍN. Has obrado
con alguna ligereza.

Mas ya lo has hecho...

AGUSTINA. De modo
que puede...

D. JOAQUÍN. Pero no crea
por eso que le perdono.
Eso no; jamás. La ofensa
fué muy grande. ¡Sentar plaza
por no ser cura!... (Vase.)

ESCENA III

AGUSTINA. A poco TOMÁS de sargento de cazadores.

AGUSTINA. Se aleja,
por temor de que al mirarle
le abandone su entereza.
Y el caso no es para menos.
¡Cuatro años sin verle!

TOMAS. (Entrando y abrazando á Agustina.)
¡Aprieta,
Agustinilla!¡

AGUSTINA. ¡Ah, Tomás,
hermano mo!¡

TOMAS. Estás hecha
una moza! ¿Y padre?

AGUSTINA. Bueno.

TOMAS. ¿Dónde está? Tengo impaciencia
por darle un abrazo. ¡Padre!...

AGUSTINA. Yo iré á llamarle.

TOMAS. No pierdas
el tiempo, que tengo poco.

AGUSTINA. ¿Cómo poco?

TOMAS. Sí; me esperan
mañana.

AGUSTINA. ¿Pues no has cumplido?

TOMAS. Hace un mes...

AGUSTINA. Entonces...

TOMAS. Prenda;
solicité mi reenganche
mientras durase la guerra

y hubiese en España un *cuervo*
á quien desplumar.

AGUSTINA. Observa
que ese lenguaje...

TOMAS. A unos pocos
he visto dar volteretas.
Son malos.

AGUSTINA. ¡Los sacerdotes
que la religión enseñan!

TOMAS. Esos no; los que se lanzan
al campo, faltando á ella.
(Aparece D. Joaquín por el foro.)
Si tú vieras, cual yo he visto,
á muchos por esas sierras,
con hisopos naranjeros,
con estolas de correa,
con óleos de plomo y pólvora
de los del mejor sistema
despachando al otro barrio
con latines de plazuela
al liberal que caía
en sus manos evangélicas,
y soltando bendiciones
con un sable de seis tercias,
«si esto es religión, dirías,
que venga Dios y lo vea».

ESCENA IV

DICHOS. D. JOAQUÍN adelantándose.

TOMAS. ¡Padre del alma!

D. JOAQUÍN. Te exijo
que no me nombres así.

TOMAS. ¡Señor!...

AGUSTINA. ¡Padre!...

D. JOAQUÍN. El que está aquí,
ni es tu hermano, ni es mi hijo.

AGUSTINA. ¡Padre!...

D. JOAQUÍN. No; el que sin razón

huyó del paterno hogar,
ni á él ha debido tornar,
ni debe esperar perdón.

TOMAS. Si yo sospechado hubiera
que mi vuelta le enojaba,
aunque verle deseaba
nunca á esta casa volviera.
(A Agustina.) Si viviese nuestra madre
no me arrojaran de aquí.
¡Hermana, adiós!

AGUSTINA. ¿Te vas?

TOMAS. (Se dirige al foro.) Sí.

AGUSTINA. (A su padre.) ¡Ya no volverá!

D. JOAQUÍN. (Después de una lucha bien marcada.)
¡Ven!

TOMAS. (Echándose en sus brazos.) ¡Padre!
¡Más fuerte!... ¡Lo que he soñado
con este instante dichoso!

D. JOAQUÍN. ¡Que me ahogas!

TOMAS. (A su hermana.) Estoy celoso
de lo que le has abrazado.

D. JOAQUÍN. ¿Y cómo?...

TOMAS. Mi batallón
pasaba cerca, pedí
permiso, lo conseguí,
y como una exhalación...

D. JOAQUÍN. ¿Pero, qué dices? ¿No vienes
licenciado?

TOMAS. Esta ya sabe...

AGUSTINA. Hasta que la guerra acabe...

D. JOAQUÍN. Habla ¿por qué te detienes?

AGUSTINA. Se ha reenganchado.

TOMAS. Temía
que cobarde me creyeran,
ó que sin mí concluyeran
la guerra de sacristía...
(Ya se me fué.)

AGUSTINA. (¡Pero, hermano!)

D. JOAQUÍN. ¡Oh! ¿Conque no entendí mal
cuando entré? Eres liberal.

TOMAS. No, señor; republicano.
(Otra vez.)
AGUSTINA. (¡Tomás!)
D. JOAQUÍN. ¡Qué mengua!
¡Y que de serlo blasones!
TOMAS. Lo dijeran mis acciones
si lo callara mi lengua.
D. JOAQUÍN. Has deshonrado el hogar
en que tu madre querida
te hizo nacer á la vida,
en que aprendiste á rezar,
y en que la fe y el cariño
unidos en lazo santo
llenaron de paz y encanto
tus dulces horas de niño.
Si en él tu madre estuviera
á la calle te arrojara.
TOMAS. Mi madre me perdonara.
D. JOAQUÍN. ¡No la insultes! ¡Fuera! ¡Fuera!
(Campanilla. Agustina corre á ver quién llama).
Y para siempre.
(Agustina vuelve azorada.) ¿Qué pasa?
AGUSTINA. ¡Ay! Escóndete, Tomás.
¡Los carlistas! ¡Entra ahí!
TOMAS. Mas...

ESCENA V

AGUSTINA, D. JOAQUÍN, FELIPE de sacristán con insignias de teniente.

FELIPE. Patrón, ¿hay en esta casa
una buena habitación
para el señor general
del ejército real
que hoy llega á esta población?
D. JOAQUÍN. Sí, señor; y un fiel vasallo
á quien honra su venida,
y le ofrece hacienda y vida.
FELIPE. ¿Y cuadra... para el caballo?...

D. JOAQUÍN También hay.
FELIPE. Dentro de poco
estará aquí su excelencia:
preparad con toda urgencia
el aposento.

ESCENA VI

DICHOS menos FELIPE. A poco TOMÁS

D. JOAQUÍN. ¡Estoy loco
de alegría! ¡Nada menos
que un general alojado
en mi casa!
AGUSTINA. Padre mío,
si se entera que mi hermano...
D. JOAQUÍN. ¡Tu hermano! Dile que venga.
AGUSTINA. Aquí sale. (¡Cielo santo,
qué va á suceder!)
D. JOAQUÍN. Despójate
de ese uniforme; en el acto.
Vas á trocarlo por otro
más honroso.
TOMAS. Delirando
estáis. ¿Más honroso que este?
¡Si no existe! ¡Si el llevarlo
hace palpitar de orgullo
al corazón más honrado!
D. JOAQUÍN. Pues te pondrás el carlista
de grado ó por fuerza.
TOMAS. (Después de un rato de meditación.)
Un trato.
D. JOAQUÍN. ¡Un trato!
TOMAS. Si me dejáis
poner un plan que he fraguado
en práctica, os daré gusto.
D. JOAQUÍN. Explícate pronto y claro.
Aunque de todas maneras...
TOMAS. Es que me opondré, si á cabo
no llevo mi plan.

D. JOAQUÍN. Indícame
cómo podrás evitarlo.
TOMAS. Dando al entrar ese jefe
un muera ó dos á don Carlos;
y si no fuera bastante,
veinticinco al Padre Santo;
y si ni aun esto bastaba,
arrimándole un trancazo.
D. JOAQUÍN. ¿Y qué?
TOMAS. Que sin confesarme
me fusilaba *ipso facto.*
D. JOAQUÍN. (Es verdad.) ¿Y ese proyecto?...
TOMAS. No tendrá mal resultado
para nadie.
D. JOAQUÍN. Mas...
TOMAS. Consiste
en que no pongáis reparo
á cuanto hiciere.
D. JOAQUÍN. Te advierto...
TOMAS. Me pasaré á vuestro bando,
si después de lo que haga
me lo ordenáis. Entretanto
que decidís, voy adentro
á preparar unos bártulos.
¡Agustinilla! ¡De frente!
¡Marchen! Agárrate al brazo.

ESCENA VII

D. JOAQUÍN. A poco TOMÁS y AGUSTINA

D. JOAQUÍN. Lo siento, y á pesar mío,
me subyuga este muchacho.
¡Qué buen cura hubiera hecho!
No quiso; colgó los hábitos
y sentó plaza. ¡Quién sabe
si obró bien! Un cura malo
es lo más malo del mundo.
¡Aunque el ser republicano!...
¿Qué proyectará? Veremos.

Al fin se irá con don Carlos.

TOMAS. (Entrando con un retrato de don Carlos á caballo; Agustina viene con una guitarra.)
Aquí está lo más preciso:
el arrogante retrato
del arrogante mancebo
en su arrogante caballo.
La guitarra en esta silla;
el retrato en este clavo. (A su padre.)
Dicen qua quien calla otorga,
y vos calláis. Hecho el trato.
Si no os convencéis, maña a
con los carlistas me marcho.
Lo dicho, dicho. Hasta pronto
Pero antes, dadme otro abrazo. (Vase.)

ESCENA VIII

D. JOAQUÍN, AGUSTINA; después D. CIRILO, FELIPE y FRANCISCA

AGUSTINA. ¡Sabéis qué hubiera hecho un cura!...
D. JOAQUÍN. En eso estaba pensando.
¿Te ha dicho lo que prepara?
AGUSTINA. No, señor.
D. JOAQUÍN. ¡Qué ruido extraño!...
AGUSTINA. (Corriendo al foro.) ¡Oh, son ellos!
FELIPE. (Desenvainando el sable al entrar.)
¡Su excelencia!
(Entra D. Cirilo de cura, con la teja sujeta con un pañuelo blanco, sable muy grande y pistolas al cinto.)
AGUSTINA. (¡Padre, tiemblo por mi hermano!)
D. JOAQUÍN. (Inclinándose.) Servidor...
D. CIRILO. Que la paz sea
del Señor en esta casa.
AGUSTINA. Por siempre...
D. CIRILO. Sobrina, pasa
y aflójame esta correa.
(Francisca le afloja el cinturón.)

Ya estoy más cómodo, vamos.
¿Es de casa esta doncella?

D. JOAQUÍN. Sí, señor.

D. CIRILO. Pues es muy bella.

D. JOAQUÍN. Gracias, señor.

FRANCISCA. (¡Ya empezamos!)

D. CIRILO. Teniente: que se prepare
la función de desagravios,
y al que desplegue los labios
que ni la Virgen lo ampare. (Vase Felipe.)
Ya sabréis que esa función
consiste en sacar metales
á todos los liberales
que ultrajan la religión.
¿Y esta doncella?...

FRANCISCA. (¡Otra vez!...)

D. CIRILO. ¿Será cristiana, obediente?...

D. JOAQUÍN. Sí, señor.

D. CIRILO. En su alba frente
se pinta la candidez.
¡Dichoso el que en este suelo
de dolores y de llanto,
para aliviar su quebranto
se enlace á este ángel del cielo!

FRANCISCA. ¿Dónde está la habitación?

AGUSTINA. Seguidme, señora. Mas...
(Habla al oído á su padre.)

D. JOAQUÍN. (La que da á la calle, ¿estás?) (Vánse las dos.)

ESCENA IX

D. JOAQUÍN y D. CIRILO

D. CIRILO. ¿Qué os ha dicho?

D. JOAQUÍN. Es la cuestión
que como aquí se ignoraba
que la señora venía,
tan sólo una sala había
dispuesta.

D. CIRILO. Me figuraba

que era otra cosa. Que venga
la niña. ¿Cómo se llama?

D. JOAQUÍN. Agustina. Es que la cama...

D. CIRILO. Con tal que el peso sostenga
de un servidor, es bastante.
Esa tira de un colchón
y duerme en mi habitación.
Es muy medrosa.

D. JOAQUÍN. No obstante...

D. CIRILO. Desde que era pequeñita
tiene miedo á los difuntos...
Y aunque nunca estamos juntos,
solemos estar cerquita.
¡Hay temores tan extraños!...
Me quiere como á su padre;
la pobre quedó sin madre
á los diecisiete años,
y para que otro... es decir,
para que algún libertino
no la engañara, se vino
conmigo, su tío, á vivir.
Desde entonces procuré
con tierna solicitud
predicarle la virtud
y enseñarle lo que sé,
y no estoy muy descontento,
pues en humildad, pureza,
devoción y fortaleza,
es mi Paquita un portento,
Cuando este gobierno vil
con su conducta procaz
me hizo el cayado de paz
reemplazar por el fusil,
yo, por no dejarla aislada
y á merced del enemigo,
dispuse traerla conmigo.

D. JOAQUÍN. Fué una medida acertada.

D. CIRILO. Como la pobre es doncella,
pudiera bien el demonio
que se atrevió á San Antonio,

también atreverse á ella;
y luego...

TOMAS. ¿Se puede entrar?

D. JOAQUÍN. Es mi hijo.

ESCENA X

DICHOS. TOMÁS de paisano.

El señor es
el general.

TOMAS. (Arrodillándose.) Vuestros pies,
dejadme, señor, besar.
Ya puedo morir; ya he visto
lo que ansiaba con fervor:
á un ministro del Señor
imitando á Jesucristo.

D. CIRILO. ¡No tanto, no!... Alzad...

TOMAS. ¡Oh, sí,
señor cura... general!
Ese atalaje marcial
lo está diciendo por mí.

D. CIRILO. Gracias, aun siendo yo indigno
de tanto honor y alabanza.

TOMAS. Quien á exterminar se lanza
por la fe, de todo es digno.
El sacerdote que ve
la religión perseguida
y no forma una partida,
carece de alma y de fe.
Los que la actitud condenan
de los curas belicosos
que con sus hechos gloriosos
de gloria á la Iglesia llenan,
olvidan que hasta el Señor
cuando aquello de Luzbel
puso en manos de Miguel
el acero vengador,
y que Jesús nos dió ejemplo
de indignación religiosa

al echar la turba odiosa
á latigazos del templo.
Hoy la liberal canalla
es el Luzbel orgulloso
que al clero justo y piadoso
presenta ruda batalla,
y el clero, nuevo Miguel,
se bate con heroismo
para arrojar al abismo
á ese altanero Luzbel;
á esa ralea indecente
que á la Iglesia despojó
de cuanto ella se agenció
con el sudor de su frente.

D. CIRILO. Pocas veces he encontrado
quien nos haga tal justicia:
por error ó por malicia,
todos nos han calumniado.

TOMAS. ¡Dicen tantos desatinos
y algunos tan garrafales!
Por fusilar liberales
hay quien los llama... ¡asesinos!
Por cobrar contribuciones
en los pueblos donde pasan
hay gentes que se propasan
á tratarlos de... ¡ladrones!
Porque al progreso contrarios,
todo signo de progreso
incendian, sólo por eso
hay quien los llama... ¡incendiarios!
Los que estos hechos divulgan
¿por qué no han de divulgar
que no cesan de rezar,
que confiesan y comulgan?
¿Por qué? Porque su malicia
sólo á deshonrar alcanza,
y jamás de su alabanza
participó la justicia.

D. CIRILO. ¡Sabe mucho!

D. JOAQUÍN. ¡Sí ha estudiado

para cura!

D. CIRILO. No, no es tonto.

TOMAS. Mas yo les juro que pronto
quedará todo arreglado.
Pronto, sí; mi corazón
me lo dice y no me engaña;
pronto ha de quedar España
por D. Carlos de Borbón.
Por ti, famoso guerrero;
por ti, príncipe valiente;
en avanzar... tan prudente,
en retirar... tan ligero,
por ti, el de espada doncella,
y el de corredor caballo;
por ti, lo jura un vasallo
que admira tu imagen bella.

D. CIRILO. ¡Qué entusiasmo! Por quien soy
que nunca otro mayor ví.
Podéis disponer de mí.

D. JOAQUÍN. (Temblando por él estoy.)

TOMAS. Muchas gracias, general.
Si puedo servir de algo,
disponed de cuanto valgo.

D. CIRILO. ¿Os place ser oficial?

TOMAS. Padre, vuestra bendición,
que me voy con su excelencia.

D. JOAQUÍN. Yo te bendigo... (Prudencia.)

TOMAS. A vuestra disposición.
Y ahora, vengan liberales
que me los como por sopa.

D. CIRILO. ¡Será el terror de la tropa!

TOMAS. Y al que en esos andurriales
pille solo, le prometo
por el Dios que al espirar
nos mandaba perdonar,
que ochenta balas le meto.

D. CIRILO. Bien, bien, ánimo; y después
ordenáos con premura;
sois muy digno de ser cura.

TOMAS. Mi aspiración esa es:

ser ministro del que dijo
que éramos todos hermanos,
y matar á esos villanos
en su santo nombre.

D. JOAQUÍN. (¡Hijo!)

D. CIRILO. Mañana al rayar el día
partiremos.

TOMAS. Bien está.

D. CIRILO. Voy á ver á esa. (Vase.)

ESCENA XI

DICHOS menos D. CIRILO. Después FELIPE

TOMAS. ¡Ja, ja!
¿Véis el plan que me traía?

D. JOAQUÍN. Hasta ahora tan sólo veo
que abusas de mi bondad,
y no quiero que esta farsa
prosiga un segundo más.

TOMAS. Si os oponéis, ya os lo dije,
vais á verme fusilar.

D. JOAQUÍN. Mas ¿qué intentas?

TOMAS Que os hagáis
por lo menos... liberal.

D. JOAQUÍN. ¡Eso, nunca!

TOMAS. Allá veremos.
¿Conque el señor general
trae señora?

D. JOAQUÍN Trae sobrina.

TOMAS. Para el caso...

FELIPE. (Entrando.) ¿Dónde está
su excelencia?

TOMAS. Por ahí. (Vase Felipe.)
¿Conque sobrina?

D. JOAQUÍN. Y carnal;
hija de una hermana.

TOMAS. Claro;
alguna hermana... en Adán.

ESCENA XII

DICHOS, D. CIRILO, FELIPE

FELIPE. Patrón, ¿hay algún tintero?
D. JOAQUÍN. Este.
D. CIRILO. Bien. Aquí; es igual.
Sentáos. (A Felipe.)
D. JOAQUÍN. Si es que estorbamos...
D. CIRILO. ¿Quién habla aquí de estorbar?
De ningún modo. No es cosa
de importancia. ¿Estamos ya?
FELIPE. Sí, señor.
D. CIRILO Pues lo de siempre.
(Dictando.) «D. Cirilo Dulce y Paz,
etcétera.» Es la tarea
cuotidiana.
FELIPE. ...to Real.
D. CIRILO. «Ordeno y mando: Que h
á las cuatro á más tardar,
me entregue cuatro mil duros
el partido liberal
de este pueblo. Al que se niegue
al pago, se le darán
cuatro tiros.»
FELIPE. Tiros...
D. CIRILO. Fecha.
Y ahora la firma. (La pone.) ¡Ajajá!
A fijarlo.
TOMAS. (A su padre.) (¿Qué os parece?)
D. JOAQUÍN. (Eso es por amedrentar.)
FELIPE. ¿Y lo de la lista?
D. CIRILO. Cierto;
se me olvidaba.
(Saca un papel del bolsillo.)
TOMAS. (Escuchad.)
D. CIRILO. Que fusilen al que tenga
solamente esta señal;
y al marcado con la cruz,
quémenle todo.

FELIPE. (Leyendo la lista.) No está
el alcalde.
D. CIRILO. ¿El bribón ese
que nos vendió? Sin piedad
á él, á su esposa, á sus hijos...
Así otros aprenderán
á no decirle á los negros
nuestra ruta.
FELIPE. ¡A la orden!
D. CIRILO. ¡Ah!
Lo de la estación, dejarlo
para la noche.
FELIPE. ¿No hay más?
D. CIRILO. Que rece el rosario antes
el ejército real,
y que el cura dé la plata.
¡Otro se la ha de llevar! (Vase Felipe.)
TOMAS. Señor, mucho os desveláis
en pro de la cristiandad.
D. CIRILO. Todo lo merece. Hoy
no hay mucho que hacer: quemar
la estación y los papeles
del registro...
TOMAS. Poco es.
D. CIRILO. ¡Bah!
Hacer que hacemos. Los chicos
se alegran así... Cortar
el telégrafo...
D. JOAQUÍN. (¡Es posible!)
D. CIRILO. Esos tiros, y...
TOMAS. ¡Bondad
cual la suya!...
D. CIRILO. No me agrada
hacer daño.
D. JOAQUÍN. (¿Qué oigo?)
TOMAS. Ya,
ya lo veo.
D. CIRILO. No me canso
de decir á los que están
á mis órdenes, que pueden

robar, matar, incendiar,
pero no hacer mal á nadie:
soy un ministro de paz.
Entro á quitarme este peso
(Las pistolas.) de encima. ¡Paca!

ESCENA XIII

D. JOAQUÍN y TOMÁS

TOMAS. ¿Qué tal?
D. JOAQUÍN. (¡Y ese es un cura!)
TOMAS. Decidme
¿qué os parece?
D. JOAQUÍN. No sé ya
qué contestarte. Lo veo
y no lo creo.
TOMAS. Veréis más.
D. JOAQUÍN. ¡Con qué horrible sangre fría
hablaba de asesinar,
de incendiar!... La religión
no es eso. ¡Qué crueldad!
¡Cuánta infamia!
TOMAS. Ese uniforme...
D. JOAQUÍN. ¡Déjame! Hay que avisar
al alcalde.
TOMAS. ¿Cómo es eso?
¿A un alcalde liberal?
D. JOAQÍUN. ¡Déjame, digo!

ESCENA XIV

TOMÁS, á poco AGUSTINA, después D. JOAQUÍN

TOMAS. Mi padre,
honrado como el que más,
es carlista porque nunca
salió de aquí. Hoy quedará
curadode su carlismo,
si no se tuerce mi plan.
¡Agustina!

AGUSTINA. (Entrando.) ¡Más á tiempo!
¿qué me quieres?
TOMÁS. Sin tardar
trae aquí cuatro botellas
y unos bollos. (Entra D. Joaquín.)
¿Ha ido ya
el aviso?
D. JOAQUÍN. Sí.
TOMAS. ¿De modo
que por vos se va á salvar?
Sois muy bueno. Merecéis
no ser carlista.
AGUSTINA. Aquí están.
(Deja sobre la mesa las botellas y va por los bollos.)
D. JOAQUÍN. ¿Qué es eso, di?
TOMÁS. Que mi ascenso
vamos aquí á celebrar.
(A la puerta por donde entró el cura.)
¿Da su excelencia permiso?
D. CIRILO. (Dentro.) Adelante.

ESCENA XV

D. JOAQUÍN y AGUSTINA

D. JOAQUÍN. ¿Qué tendrá
proyectado? Ese muchacho
es el mismo Barrabás.
AGUSTINA. ¡Ay, padre, qué mala gente!
A todo el que es liberal
lo llevan preso; lo he visto
por la ventana que da
á la plaza. ¡Y cuántos palos
les pegan! Quieren quemar
la casa de ayuntamiento
con los papeles... ¿Verdad
que esa gente no es carlista?
Vos no sois así.

D. JOAQUÍN. (Contrariado.) Sí tal,
son carlistas.
AGUSTINA. Yo pensaba
que eran buenos. No seáis ya
carlista; no lo seáis.
D. JOAQUÍN. Vete.
AGUSTINA. Yo...
D. JOAQUÍN. Déjame en paz.

ESCENA XVI

D. JOAQUÍN

¿Si mi hijo tendrá razón
y yo estaré equivocado?
¿Habré vivido engañado?
¿Estos los carlistas son?
¿Los que roban, los que incendian,
los que fusilan, defienden
esa causa? No; la ofenden
al par que la vilipendian.
Si piensan con santos nombres
justificar hechos tales,
se engañan; los liberales
piensen bien ó mal, son hombres;
y el que dicta á sangre fría
en nombre del ser divino
su muerte, es un asesino
que el cadalso merecía.

ESCENA XVII

D. JOAQUÍN, TOMÁS, CIRILO y FRANCISCA

TOMÁS. ¡Muy bien dicho!
D. CIRILO. Y al que chilla,
¡pataplum!
TOMÁS. Gran providencia.
Nos sentaremos.
D. JOAQUÍN. (A Tomás.) (Prudencia.)

TOMAS. La señora, en esta silla.
D. CIRILO. Se ha empeñado, y...
D. JOAQUÍN. Es muy justo.
TOMAS. Sólo siento no poder
á su excelencia ofrecer
un obsequio de más gusto.
Un almuerzo suculento
de aquellos que devoraban
los frailes, cuando ayunaban
en su mísero convento,
ó un refresco de los que
los santos inquisidores,
entusiastas defensores
de nuestra sagrada fe,
tomaban, mientras ardían
en la hoguera por impíos
ciento ó doscientos judíos
que el tocino aborrecían.
Un bollito, general.
Otro, señora.
D. CIRILO. Son buenos.
TOMAS. Están de crema rellenos.
A vos, de éstos (A su padre.)
D. JOAQUÍN. Me es igual.
TOMAS. Una copita.
FRANCISCA. No bebo.
D. CIRILO. Nunca ha bebido.
TOMAS. No insisto:
ahí va.
D. CIRILO. La sangre de Cristo
á despreciar no me atrevo.
TOMAS. Padre...
D. JOAQUÍN. No.
TOMAS. ¡Si esto consuela!
¿Qué tal?
D. CIRILO. Muy buen sabor tiene.
TOMAS. Otra copita.
D. CIRILO. Bien viene.
¡Y cómo el tuno se cuela!
TOMAS. Otra, pues.

D. CIRILO. Venga. En Madrid
no lo he bebido mejor;
sobre todo este sabor
tan rancio y tan... tan...

TOMAS. Decid,
¿en la corte habéis estado?

D. CIRILO. Hará unos ocho ó diez meses;
fuí por unos intereses
que el clero había recaudado.

TOMAS. ¿Y qué os pareció?

D. CIRILO. Que el vicio
ha fijado allí su asiento;
de la virtud el acento
no se oye en aquel bullicio.
Aquello no es para mí,
y no disfrutó mi alma
un solo instante de calma
hasta que lejos me ví.

TOMAS. Lo comprendo. El que cual vos
á la virtud rinde culto,
huye siempre del tumulto
y busca en la calma á Dios.
¡Otra copita!

D. CIRILO. Nos vamos
á achispar.

TOMAS. ¡Bah! ¡Quién repara!
Y aunque ese caso llegara,
á bien que en familia estamos.
Es el vino, según dijo
el sabio rey Salomón,
la alegría del corazón.

D. CIRILO. Pues suelta otra copa, hijo.

D. JOAQUÍN. (Tomás.)

D. CIRILO. ¿Tú sabes quién fué
el primero que bebió
en el mundo, y que tomó
la gran curda? Pues Noé.
¡Qué torpe! ¡No lo sabía!

TOMAS. Confieso que lo ignoraba.

D. CIRILO. ¡Otro latigazo! Acaba.

Esta... no es sobrina mía.
No, señor; ni soy su tío,
ni Cristo que lo fundó.
¿Dices tú que sí? Pues yo
digo que no, y al avío.

D. JOAQUÍN. (¡Oh, qué desvergüenza!)

D. CIRILO. Allí
á cosa de anochecer
se ve cada Lucifer
andar por las calles...

TOMAS. ¿Sí?

D. CIRILO. Con unas caras tan bellas,
un aire, un aquel y un dengue,
que entran ganas, ¡voto al mengue!,
de irse al infierno con ellas.
Una noche que tomé
una jumera espantosa,
tropecé con una mosa...
¡Qué mosa! ¡Mejor que usté! (A D. Joaquín.)

D. JOAQUÍN. (¡Qué cinismo!)

D. CIRILO. Yo salía
de aquella casa de juego
donde me echaron el pego...

TOMAS. (El santo se divertía.)

D. CIRILO. Y en el café del Vapor
donde cantaban gitano...
¿Sabes que es eso, cristiano?
¿No lo sabes?

TOMAS. No, señor.

D. CIRILO. Pues es un canto divino.
Puede ser que me acordara
si hubiese quien lo tocara.

TOMAS. ¡Otra copita de vino!

D. CIRILO. Empieza de esta manera:
¡ay, ay, ay, ayyy!... Y después
sigue una coplita... ¡pues!...

TOMAS. Si cantárnosla quisiera...

D. CIRILO. Tengo la voz muy tomada.
Cántala, Paquiya.

FRANCISCA. ¡Yo!

D. CIRILO. Tiene un pico de mistó.
TOMAS. ¡Oh, cantad!
D. CIRILO. No seas pesada.
FRANCISCA. (Cantaré por no oirle.)
D. CIRILO. Vamos.
TOMAS. Yo entiendo un poco el rasgueo,
vos entonáis, y yo creo
que cogeré el tono.
D. CIRILO. ¿Estamos?
(A Francisca.) Toca las palmas.
(A D. Joaquín.) Amigo,
esto no os debe extrañar;
una cosa es predicar
y otra distinta dar trigo.
¡Venga ya!
(Francisca canta y el cura bate las palmas.)
TOMAS. ¡Bravo!
D. CIRILO. ¡Barbiana!
D. JOAQUÍN. (¡Qué escándalo!)
TOMAS. ¡Otra coplita!
D. CIRILO. ¡Otra, otra! ¡Que se repita!
¡Viva la gracia, serrana!
¡De aquí á la gloria!
TOMAS. ¿Y el baile
del cancan, lo vísteis?
D. CIRILO. ¡Oh,
muchas veces! Me llevó
uno que había sido fraile.
Si tú lo vieras, *chiquiyo,*
te quedabas *alelao;*
á ésta se lo he *enseñao;*
Paquiya, baila un *poquiyo,*
que yo también... (Se ponen ambos á bailar.)

ESCENA XVIII

DICHOS y FELIPE

FELIPE. ¡General,
dos palabras!

D. CIRILO. ¿Qué te pasa?
FELIPE. Que se esconde en esta casa
un sargento liberal.
D. CIRILO. Fusilarlo.
FRANCISCA. ¡Pero, tío!...
FELIPE. Es el señor.
D. CIRILO. Bueno ¿y qué?
D. JOAQUÍN. ¡A mi hijo, canallas! (Sale.)
D. CIRILO. ¿Eh?
D. JOAQUÍN. (Volviendo con dos garrotes.)
¡Toma esa tranca. hijo mío!
D. CIRILO. (A Felipe.) Suéltale un tiro.
Suenan cornetas á tiempo que D. JOAQUÍN agarra por el pescuezo y pone de rodillas á Felipe
D. JOAQUÍN. ¿Qué es eso?
TOMAS. (Que ha entrado en una de las habitaciones.)
¡Soldados! ¡Mi batallón!...
D. JOAQUÍN. Eso os libra.
FELIPE. ¡Ah, perdón!
D. JOAQUÍN. ¡Miserable! (Soltándole.)
D. CIRILO. (Dejándose caer en la silla completamente borracho.)
¡Date preso!
D. JOAQUÍN. ¡Hijo, una espada, un fusil;
reconozco mi locura;
donde quiera que halle un cura
me bebo su sangre vil!
Son todos unos malvados.
TOMAS. No teneis, padre, razón;
por fortuna, pocos son
tan infames y menguados.
Los que empuñan el acero
abandonando el altar,
esto suelen alcanzar:
que se juzgue mal al clero.
D. JOAQUÍN. ¿Y tú, que justo y humano,
á tus contrarios perdonas,
la república pregonas?
¡Pues ya soy republicano!
(Tira al suelo la boina.)

TOMAS. Si lo que vos habeis visto
algunos carlistas vieran,
puede ser que comprendieran
que la doctrina de Cristo
toda amor, toda bondad,
no se cumple exterminando,
que se cumple predicando
justicia y fraternidad.

TELON

Obras del mismo autor

¡Ojo al Cristo!

Y dice el sexto mandamiento.

A PESETA CADA UNA